

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

AÑO XI

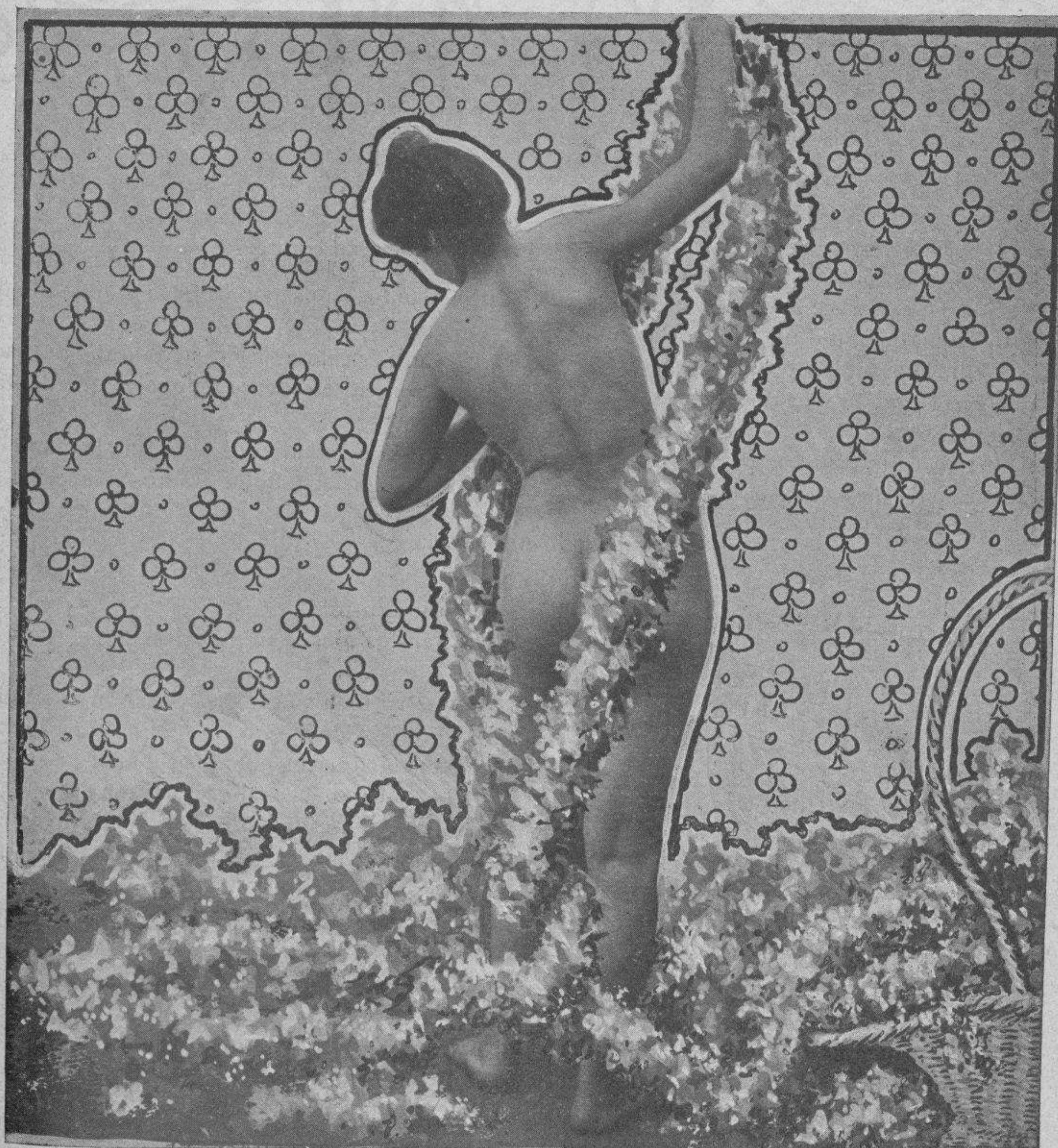
✻

BARCELONA 28 DE JUNIO DE 1900

✻

NÚM. 501

BATALLA DE FLORES



Preparándose para el combate



Tempestad conyugal

DOÑA Ramona, á quien una pasajera inflamación en los párpados obliga á quedarse en casa, está hace cinco minutos en su gabinete echando sapos por la boca y andando de aquí para allá como un león enjaulado.

¿Qué le pasa? Lo peor que puede sucederle á una mujer celosa. El cartero acaba de traer una carta para su marido, y el olfato está diciéndole «con su elocuente lenguaje» que dentro de aquel sobre hay gato encerrado, y gato de los gordos.

Sí: el sutil perfume que, á su entender, despide el pliego, no miente; allí anda la mano de una mujer. Diez veces, á guisa de sabueso práctico, ha olfateado doña Ramona la carta, y diez veces

hale dado en la nariz
olor de...

de eso, de negra traición, de infidelidad flagrante é indiscutible.

Y el caso es que la maldita dolencia que sufre en los ojos le impide leer la epístola y enterarse de lo que la *otra* le escribe al pérfido de su marido.

¡La *otra*!... Esta palabra quema sus labios y revuelve toda su sangre; pero doña Ramona no puede dejar de pronunciarla un momento. ¡La *otra*! ¿Cómo será esa *otra*? ¿Quién será? Una cualquiera, sin duda; una perdida, que con sus arrumacos habrá sorbido el poco seso de su marido, haciéndole faltar al más sagrado de los deberes del hombre casado.

—¿Qué le dirá ahí dentro?—repite una y otra vez:—¿Qué maldades le aconsejará? ¿Será una cita? ¿O un proyecto de fuga? ¿O una excitación al crimen, para deshacerse de mí y venir después á bailar sobre mi tumba?

Oliendo y dándole vueltas á la carta, de pronto parece tomar una resolución, y hace sonar el timbre.

Aparece la doncella.

—¿Usted sabe leer, Sofía?

—No mucho: únicamente lo más preciso para entender la letrita de mi novio que, como usted no ignora, sirve en caballería y ahora está en...

—Bien, dejemos á su novio en paz. Ahora no se trata de eso. Léame usted esta carta. Yo no puedo, y necesito saber su contenido.

La doncella toma la *criminal* epístola, que doña Ramona ha abierto con mano febril, y se dispone á leerla.

—¿Cómo es la letra?—pregunta la angustiada esposa, impaciente por ver si sus sospechas salen confirmadas.

—¿La del escrito? Negra.

—Quiero decir si es letra de mujer.

—¡Ah! No sé. Eso ¿en qué se conoce?

—En nada. Lea usted, y acabemos.

Sofía, admirada del estado de agitación en que se encuentra su señora y que ésta no trata de disimular, empieza á leer muy trabajosamente.

—«Querido Carlos...»

—¡Le llama *querido!*—interrumpe doña Ramona, revolviéndose en la butaca.—¡Querido!... ¡Qué descaró!... Siga usted.

—«Necesito...»

—¡Buen principio! A ver qué es lo que necesitará la muy... descocada.

—«Necesito verte hoy sin falta. Te esperaré en...»

—¿En dónde?

—Aguarde usted, señora, que aquí debe decirlo... «Te esperaré en el sitio de costumbre.»

—¡Dios mío! ¡*En el sitio de costumbre!* ¡Tienen un sitio... acostumbrado! ¡Un hogar clandestino! Aunque,—añade luego la infeliz con filosófica amargura,—no iban seguramente á arreglar sus cosas en medio de la calle... Continúe usted.

—«Hasta la noche.»

—¿Esta noche? ¿Hoy mismo?... ¡Bandido!... Pero nó, no saldrá; yo se lo impediré. ¿Qué más dice?... ¡Acabe usted de una vez!

—Nada más.

¡GLOTONES!



—Estos cuervos imitan á aquella *pesca*.

¡Mire usted como huelen la carne *fresca!*

La Saeta

—Pero ¿no hay firma ninguna?

—¡Ah! Sí, señora. Dice «Juanita,» y luego, un garabato.

—¡Era cierto!—ruje con desesperación la burlada esposa:—¡Juanita!... ¡Juanita!... La infamia no puede estar más clara...

Y tomando con rápido gesto la carta de manos de Sofía, quien no sabe qué actitud adoptar ante las violentas crispaciones de nervios y las incoherentes frases de su señora, le dice con voz medio ahogada por los sollozos:

—Déjeme usted.

Sola otra vez, con sus celos, su carta y su indignación, doña Ramona empieza á formular proyectos de venganza, de una venganza que quiere que sea atroz, horrible, digna de la traición cuya existencia acaba de descubrir. Pero antes que ninguna de las ideas que en su cerebro se agitan llegue á adquirir forma, ábrese la puerta del gabinetito y aparece Carlos, el *criminal*, alegre, risueño, cumplido como siempre.

—¿Estás mejor, querida?—dice á su esposa, tomándole la mano con tierna solicitud.

Doña Ramona, que al verle siente salirse por la boca todos sus propósitos batalladores, coge la carta que había dejado sobre la mesa y dice presentándosela á su marido:

—Mira cómo estoy: divirtiéndome con este billete.

Carlos lo toma con mucha naturalidad, y responde, después de haberlo leído:

—Es de mi corredor. Habrá ultimado la operación que le encargué.

—¿Tu corredor?—exclama doña Ramona, conteniendo á duras penas su indignación:—

¿Tu corredor ó tu... corredora? ¡Un corredor que se llama Juanita!... Porque te advierto que me hecho leer la carta de cabo á rabo.

—Muy bien; pero supongo que el que te la ha leído no se habrá callado la firma: Juan Hita, mi amigo Hita, el corredor, á quien tú ya conoces...

Doña Ramona, que estaba á punto de estallar, siente repentinamente aclarársele la vista, comprende en un momento el disparate que acaban de inspirarle sus inveterados celos y riendo con risa nerviosa se arroja al cuello de su marido, cubriéndole el rostro de besos... y maldiciendo interiormente de las criadas que no adivinan que cuando Juan-Hita lleva una hache es necesario advertirlo á la señora.

EL MOMENTO PELIGROSO



—Nadie me ha visto entrar. Puedo subir tranquilamente

ADOLFO PALMA

De la China... ¡ná!

¿SÉAME permitido officiar de Bremón. O lo que es igual: séame permitido meterme en lo que no me importa, y aun diré en lo que no entiendo.

Ello es la llamada cuestión china.

Hablar de asuntos internacionales siempre da tono, sobre todo apelando al sistema bremoniano, que es el célebre sistema de aquellos no menos célebres doctores del Rey que rabió.

«Que el perro está rabioso... y puede no lo estar.»

O el ingenio de aquel chusco que sacaba una mano fuera del balcón para declarar si llovía.

¿Por qué no he de decir yo dos palabras de los chinos, aunque resulte en substancia que mi dicho se reduzca á nada entre dos platos?

Realmente, para nosotros tratar de los chinos no es tratar de extranjeros.

Aquí tenemos mandarines como en China, y gente de trenza ó coleta, que para el caso, rabo corto ó rabo largo viene á ser.

También tenemos un refrán, adagio ó lo que sea, que nos convierte á todos en chinos:

«Se le ha engañado como á un chino», se dice para ponderar la burla hecha á un sujeto. Y como los españoles pasamos la vida engañándonos unos á otros, resultamos al fin y á la postre una *chinada*.

Usted, amigo lector, que se ríe, fijese en que hasta en el acto más tonto, cuando alguien le pregunta: «¿y qué tal, qué tal?» contesta usted muy serio: «pues, nada, vamos tirando.» ¿Y esto qué es, sino engañar como un chino al preguntón? ¿Porque qué es lo que tira usted, quiere decirme? Y cuidado con engatusarme á mí.

Tenemos además otro parecido indiscutible con los hijos del Celeste imperio: somos hijos del sol.

Nos falta una Sublime Puerta, pero ya camino de ella vamos.

En cambio, nos sobran puertas de escape.

*
*
*

Esas son las que para sí quisieran en estos críticos cuanto históricos momentos, para burlar á las potencias, los chinos.

¿Les parece á ustedes si es flojo apuro el que les coloca delante de la Europa civilizada é irrita? Ellos pelearon contra los japoneses y recibieron una paliza monumental, pero se quedaron tan chinos, porque no supieron del resultado de la guerra sino que el fuego había sido magnánimo y no quiso devorar el te y las *zapatillas* menudas. Para la

LLUVIA IMPORTUNA



—¡Cómo van á ponérseme estos pobres zapatitos! Fortuna que aun no los he pagado... ni pienso pagarlos jamás.

China es el Japón algo así como el reino de Liliput. Pero ahora la especie varía.

La Europa está coaligada, y tal.

La Europa tiene poderosas armas de guerra y máquinas infernales. Los rusos mandarían á sus gigantes, para quienes los chinos resultan liliputienses. Y cuando todo esté consumado y sobrevenga la catástrofe, los hijos del sol, del fuego, de la luz, se quedarán á oscuras. Dándose de pueñetazos á los ojos dirán á su soberana:



—Lo primero que al pelo aprendí, fué á planchar...

—Nos has engañado como á un chino. Cuando suelten esta exclamación tendrán conciencia de haber perdido su nacionalidad, y casi casi se creerán españoles. Lo que no tendrán es la fortuna de que les salte un Silvela á la cabeza, como no sea que les regalemos nosotros el nuestro. Yo por mí, y adelantándome á los sucesos, voto en contrario. Las glorias históricas deben conservarse.

**

Todo este cotarro, que no es flojo, ha venido porque los chinos, con toda su enemiga contra la civilización, se empeñan en imitar cuanto tiene ésta de malo.

Son en este punto como las coquetas que no atienden sino á la vanidad, así las perjudique y las ponga en cruz.

¡Qué demonio de hombres! ¿Pues no se les ha ocurrido copiar á los ingleses?

¡Bonitos son éstos para consentir que nadie les dispute sus tradiciones!

¿Quiénes son los chinos, vamos á ver, para boxear? Está bien que los ingleses se despachurren y se estropeen, porque al fin y á la postre pertenecen á una nación civilizada. ¿Pero los chinos? La China no está civilizada y, por tanto, no se le pueden consentir semejantes espectáculos.

Es verdad que hay una razón de peso: los ingleses boxean entre sí: los chinos boxean contra los extranjeros: aquellos se divierten, con toda la barbarie posible, pero dentro de casa, sin molestar al vecino; éstos arremeten, y no con el box, ni con el puño, ¡voto al demonio!, contra los de fuera. Los ingleses luchan, son... gladiadores. Los chinos matan... son asesinos. Hablo de los boxers, naturalmente.

Hay quien está muy bien enterado de todas estas chinerías y asegura que los boxers no tienen nada que ver con los ingleses (y yo lo creo también), y que por tanto, no es cierto que anden á puñetazo limpio por quitarme allá un infiel.

Los boxers vienen á ser, según esta versión, una especie de patrioterros, que abogan por la integridad de su territorio y por su independencia.

Precisamente, lo contrario de lo que defienden los otros.

De todas maneras, pata.

Porque rusos, franceses, alemanes y demás sueñan con merendarse á los chinos, ó sea con repartirse sus tierras, y hablan de ello como de pan comido.

Sí, sí, ¿qué derecho tienen los chinos á la China, vamos á ver?

Las naciones no pueden permitir que los chinos no quieran ser explotados, digo, que se empeñen en que sus murallas sigan siendo impenetrables, y sublime su Puerta y celeste



A barrer... y á salir... sin pensar en volver...

su imperio. ¡Habrás visto osadía en un siglo como el actual, siglo del vapor, de la luz eléctrica y de los derechos del Hombre! ¿Quién les ha dicho á los chinos que el colmo de la filosofía es no querer nada con el resto del linaje humano?

Decididamente, los chincs deben cortarse la coleta.

Aunque sólo sea para que no haya en el mundo otras coletas que las de los toreros españoles.

**

Claro (y aquí del sistema bremoniano) que las boxers se condenan por sus excesos y desmanes y que no se puede admitir que nadie proclame como ley el exterminio; pero ¿por qué procedimiento defenderán sus aspiraciones? ¿cómo se las arreglarán los chinos para decir á los europeos que se larguen con viento fresco: que no desean, ni maldita la falta que les hace, su civilización, sus ferrocarriles y demás chismes progresivos que graciosamente les regalan?

¡Nó, y que los coaligados son fáciles de convencer!

Por supuesto, que ya se sabe en qué pararán las misas de coalición. Las naciones se atan contra el enemigo común, y luego, cuando se desatan, todas son enemigas á la vez.

Nosotros, creo yo (Bramón puro), veremos los toros desde la barrera. Mejor, porque en el reparto futuro ¿nos iban á dar algo?

¡Naranjas de la China!

CLAUDIO UGENA



Nuestro compañero de redacción, D. J. Enrique Dotres, contrajo matrimonio el sábado último con la bella y distinguida señorita D.^a Victoria Torres Roca.

Deseamos sinceramente que no se borre nunca en los ojos de los recién casados el [delicioso fantasma de la felicidad.



ACUDIENDO A LA CITA



—Creo que ha dicho que me aguardaría, frente á la jaula de los micos. Es la mejor manera, para no ser notado.

La Saeta



Cuando veo en un entierro
que al muerto lloran detrás,
brotan en mis ojos el llanto;
¿a mí ¿quién me llorará?

Tu amor lo comparo yo
á las olitas del mar;
que llegan, besan la arena,
pero al instante se van.

Hasta del viento que agita
blandamente tus vestidos,

tengo celos, porque creo
que me roba tu cariño.

He sabido que los ojos
del alma son el espejo:
ya comprendo por qué tú
los tienes niña tan negros.

Si es, como dicen, un beso
la fundición de dos almas,
lo que es la tuya y la mía
ya de fundidas se pasan.

EDUARDO TEJERINA GAMARBA

A LA MITAD DE LA MERIENDA



—Anda, despacha pronto con eso del retrato, que la cazuela está llamándonos otra vez.

A LA PLUMA

ALGO distraído andaba yo... es decir, todo lo distraído que puede estar quien camina resueltamente, *viendo* lo que hay delante cuando la imaginación se sube por el hilillo de oro de las ideas á las regiones azules. Era el caer de una tarde de otoño. En el ambiente flotaban hebras grises, formando el fleco impalpable del crepúsculo. En ese momento indescriptible la naturaleza sucumbe á la melancolía, recogándose, marchitándose... El sol se apagaba iluminando en poniente los celajes de vivo resplandor. El ramaje seco, amarillo, no respondía amoroso á los devaneos de la brisa sutil...

La calle estaba en aquel dormido barrio sola, quieta. Cerrados los portalones de los palacetes. Muda la vida.

De una puerta, no sé cuál, porque no ví cómo se abría ni qué mano la cerraba, se destacó una figura, que al pronto fué *visión* para mi espíritu... vaga, vaporosa... Luego recobró su ser tomando forma humana, dibujándose en el espacio con curvas y perfiles de un arte sublime, ideal. Recorté el paso, lo detuve... paséme á la acera contraria, y seguí mansamente con el pretexto de liar y encender un cigarrillo.

No me hartaba de mirar aquella deliciosa criatura; alta, elegante, rica en el vestir y perezosa en la ostentación de su ropaje lujoso, hasta tal punto, que más era esta pereza refinada coquetería; hombros anchos; cabecita rubia que llevaba el sombrero inglés con donaire de española, sin ocultar el rodete de su abundosa trenza...

No volvía los ojos... y era esto lo que más atado me tenía, porque bien descubrí que algo le tiraba de atrás. Caminaba despacitamente, jugando con gracia la sombrilla, y yo hubiera dicho que parecía no adelantar un paso en su camino. Sí, era que su pensamiento no andaba á compás de los pies menudos, maravilla creada por la carne para que sostuvieran la arrogancia de cuerpo tan gentil...

La dama vaciló... dió uno, dos, tres pasos inseguros... se plantó en firme... hizo con la sombrilla varios signos sobre las baldosas... y resueltamente volvió la cabeza... Tuve tiempo para ocultarme entre las pilastras abandonadas de una casa en construcción...

Y ví... primero una cara de soberana belleza, regocijadamente linda, conjunto de gracias y donaires; después los ojos (que parecían tragarse el mundo y la luz) mandar, cabalgando en chispas azules, miradas brillantes, impetuosas, de picaresca expresión. No me costó esfuerzo sorprenderlas cuando se detenían en el punto á donde su dueña las mandaba ir. Detrás de las persianas entreabiertas de un balcón había cierto hombre que sonreía complacido mandando un beso en las puntas de los dedos... La dama hizo ademán de cazarlo en el aire y llevárselo con mucha gracia metidito dentro del puño á la boca; luego saludó, extendiendo el brazo, con la sombrilla; saludó también con la cabeza inclinándola donosamente, y con los ojos, y con los labios... De éstos se escapó un enjambre de besos... yo los ví cabalgar sobre una sonrisa deliciosa...

En seguida el encanto se deshizo... la damita desapareció con paso presuroso por la primera encrucijada, y la miré perderse para siempre en la penumbra, preguntándole curiosa y mentalmente:

—¿Eres el pecado? ¿Eres el amor?

J. F. Luján



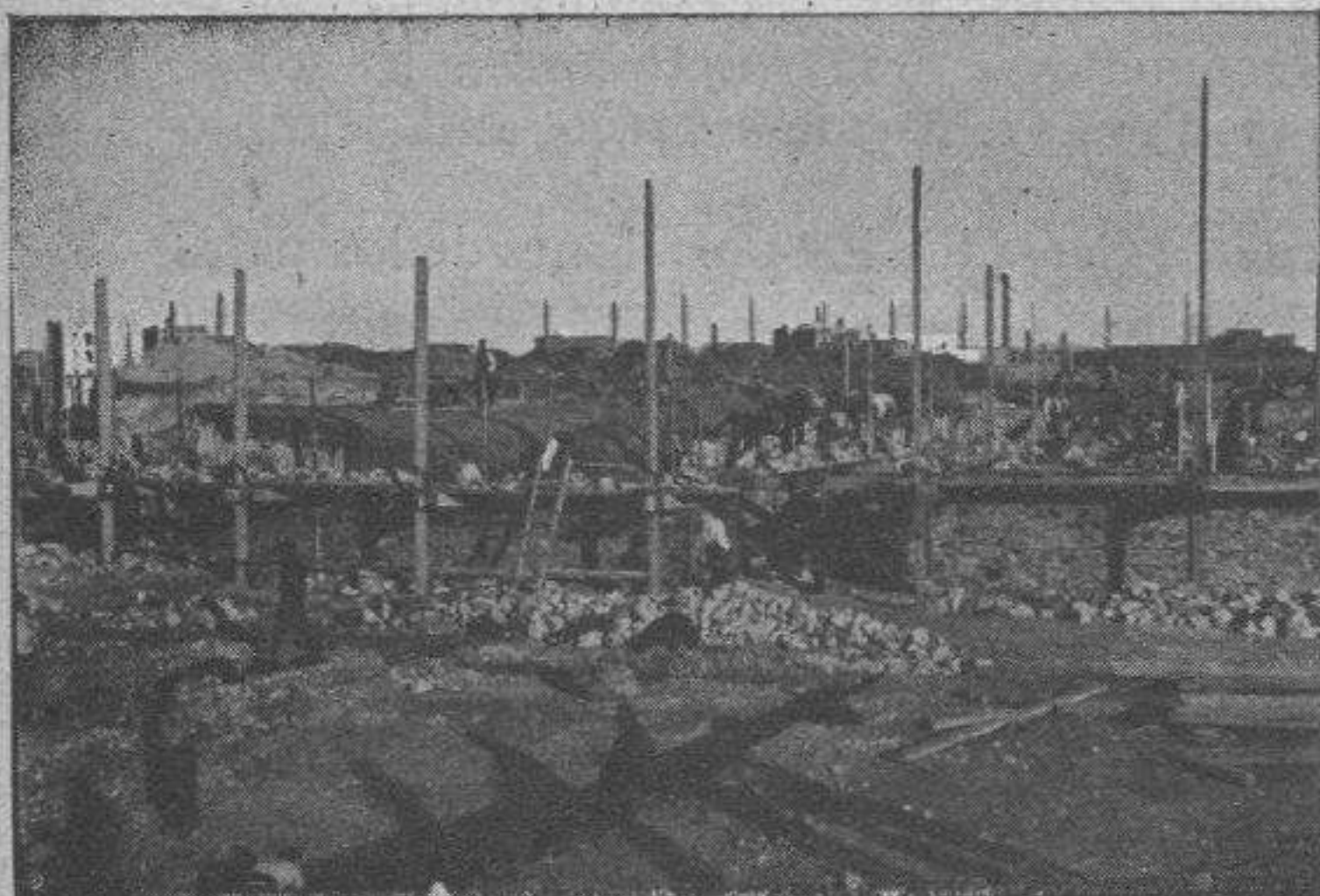
Esclava en venta

NUEVA PLAZA DE TOROS

HISTORIA GRAFICA

«ARENAS DE BARCELONA»

DE SU CONSTRUCCIÓN



Diciembre de 1899.—Primeros trabajos. Exterior de la puerta de Presidencia.



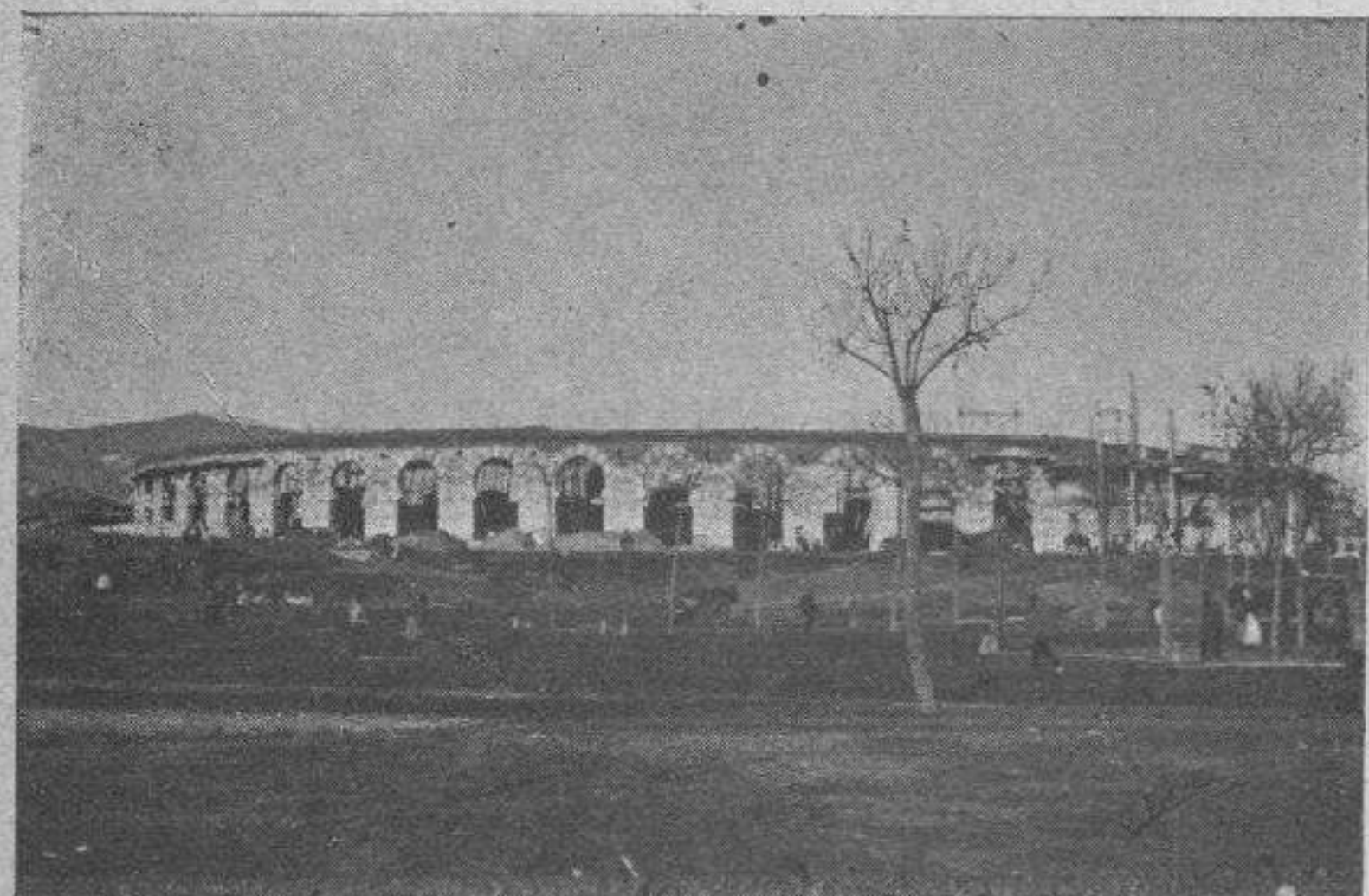
Enero de 1900.—Interior del tendido de sol y puerta de arrastre.



Enero de 1900.—Interior del tendido de sombra, visto desde la puerta principal.



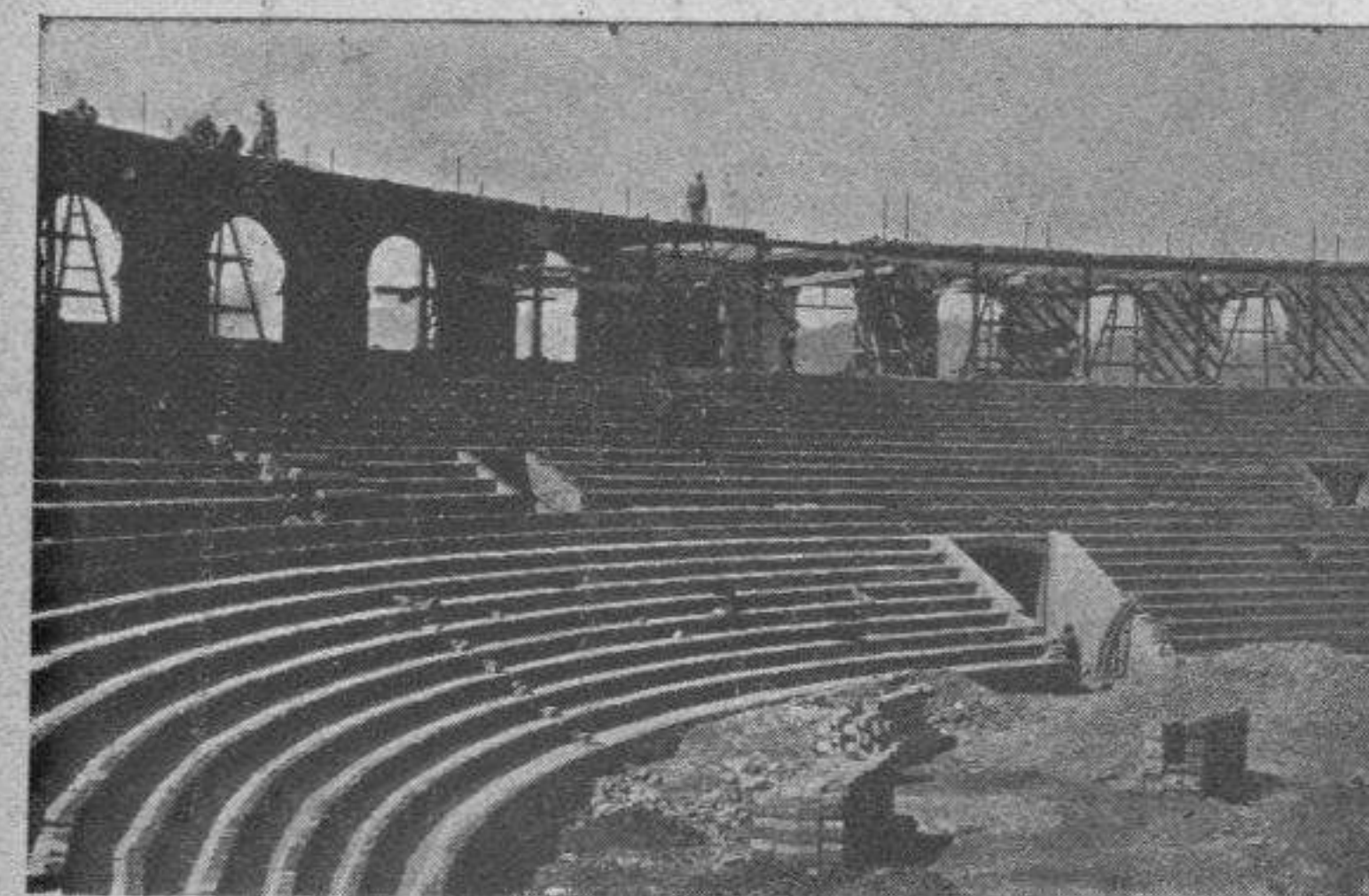
Febrero de 1900.—Tendido de sol y parte destinada á chiqueros.



Febrero de 1900.—Vista exterior de la plaza y enfermería.



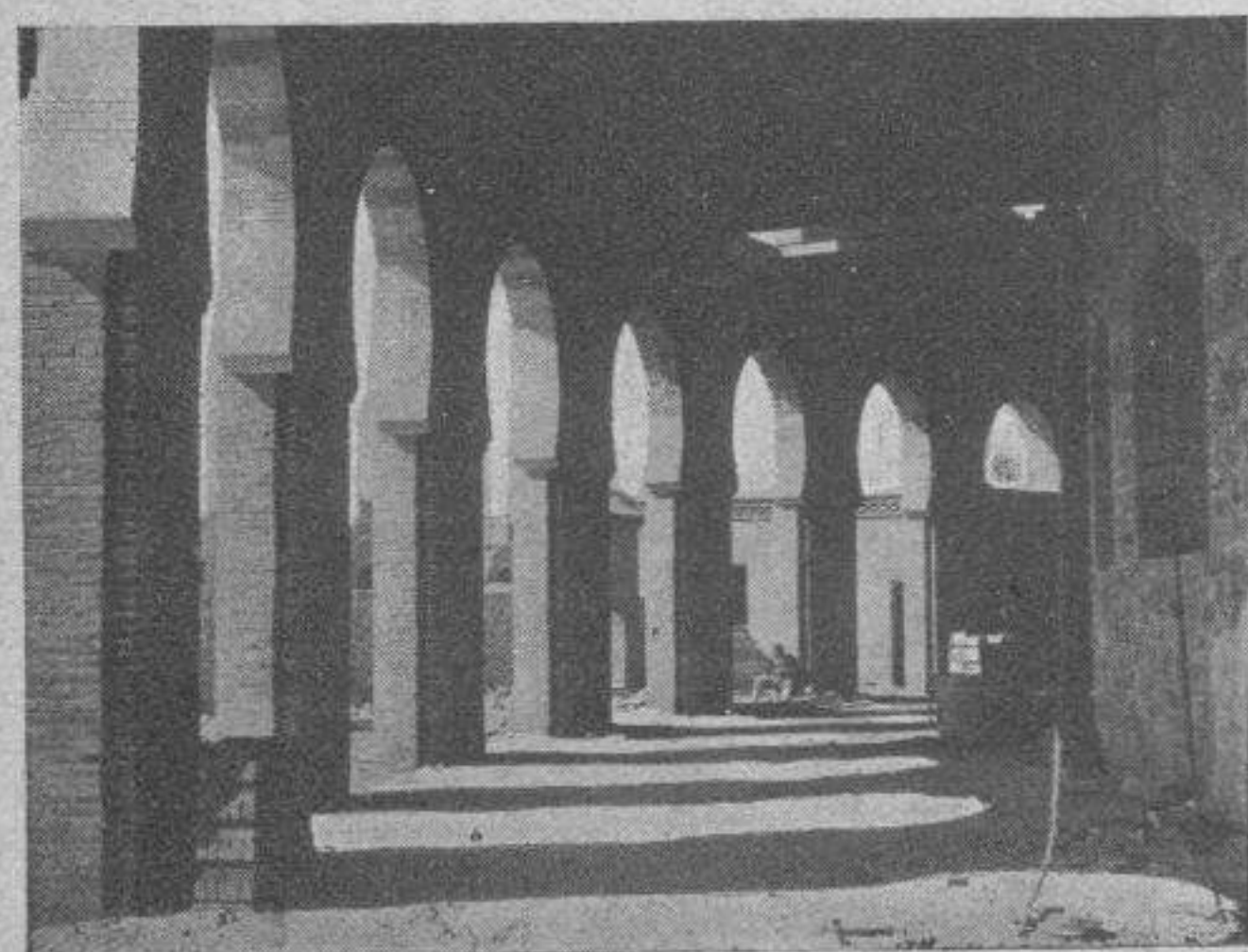
Marzo de 1900.—Vista exterior de la plaza, tomada desde la carretera de Hostafranchs.



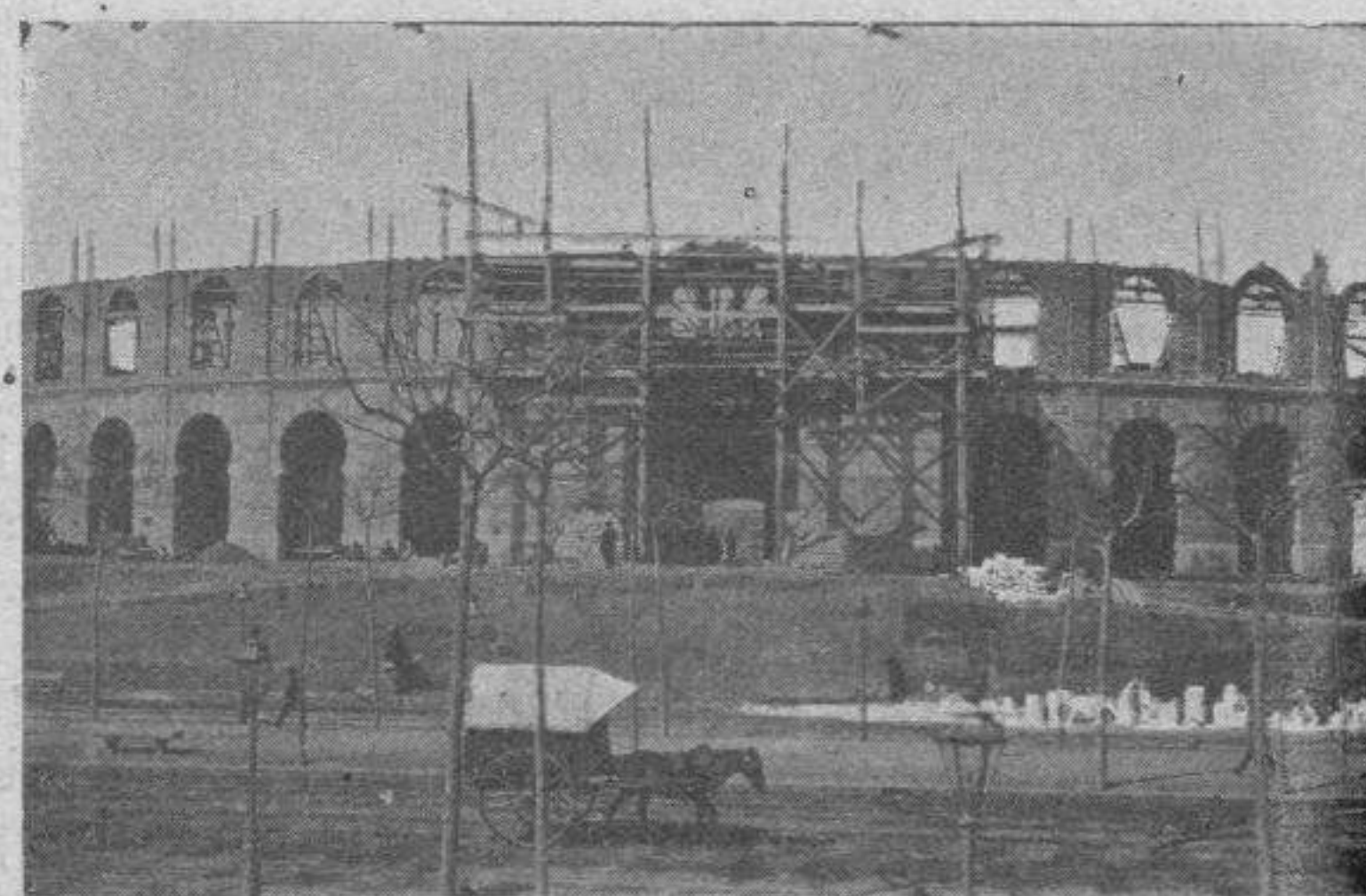
Marzo de 1900.—Tendido de sombra y puerta de orden, desde la puerta principal.



Marzo de 1900.—Tendido de sol y chiqueros, desde la puerta principal.



Marzo de 1900.—Interior del corredor, con la enfermería y cuadra de caballos.



Marzo de 1900.—Exterior de la puerta principal, vista desde la Gran Vía.



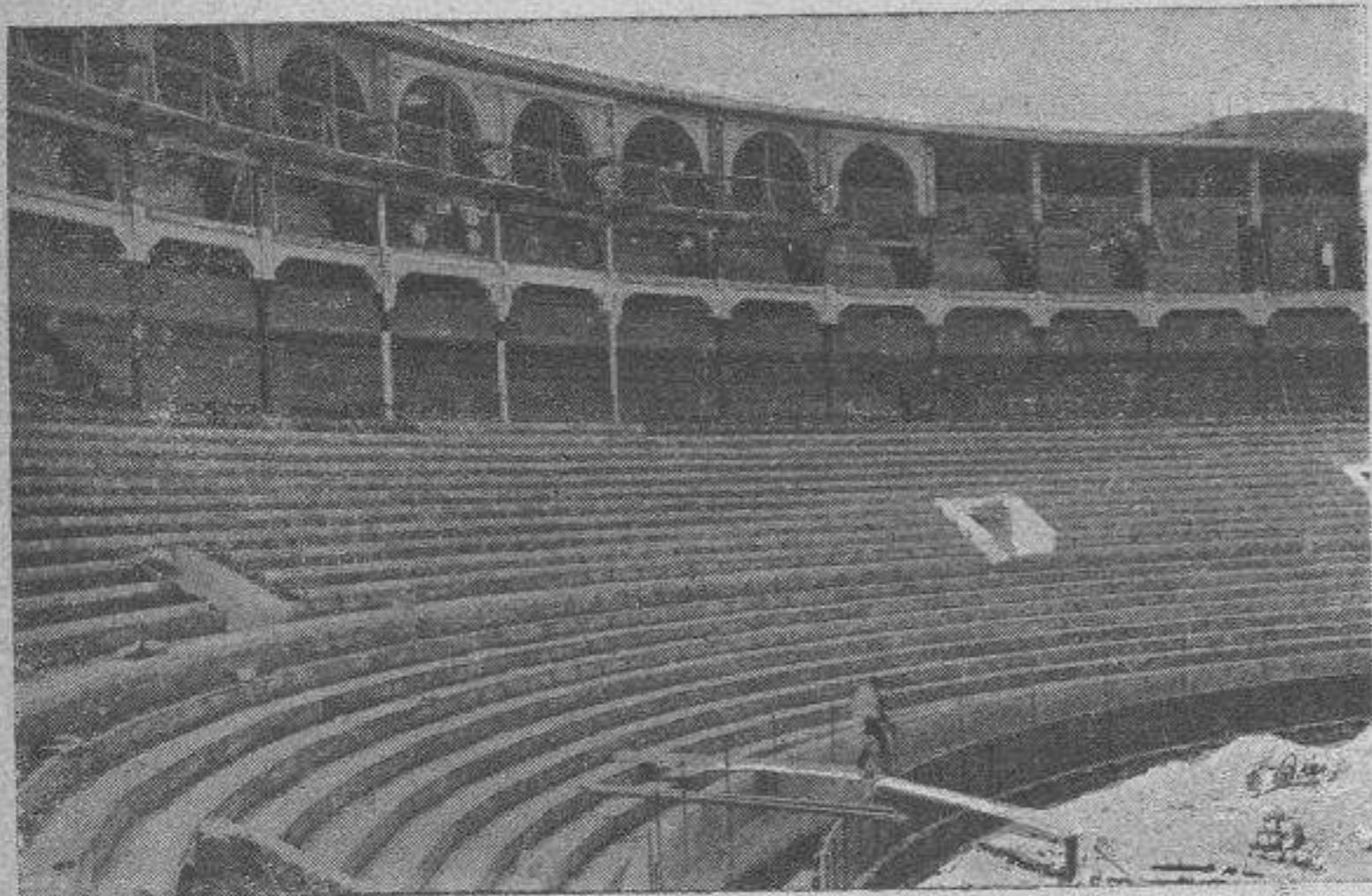
Abril de 1900.—Interior del tendido de sol y chiqueros, desde la puerta principal.



Abril de 1900.—Exterior de la puerta principal, á la altura de la cubierta.

NUEVA PLAZA DE TOROS "ARENAS DE BARCELONA,"

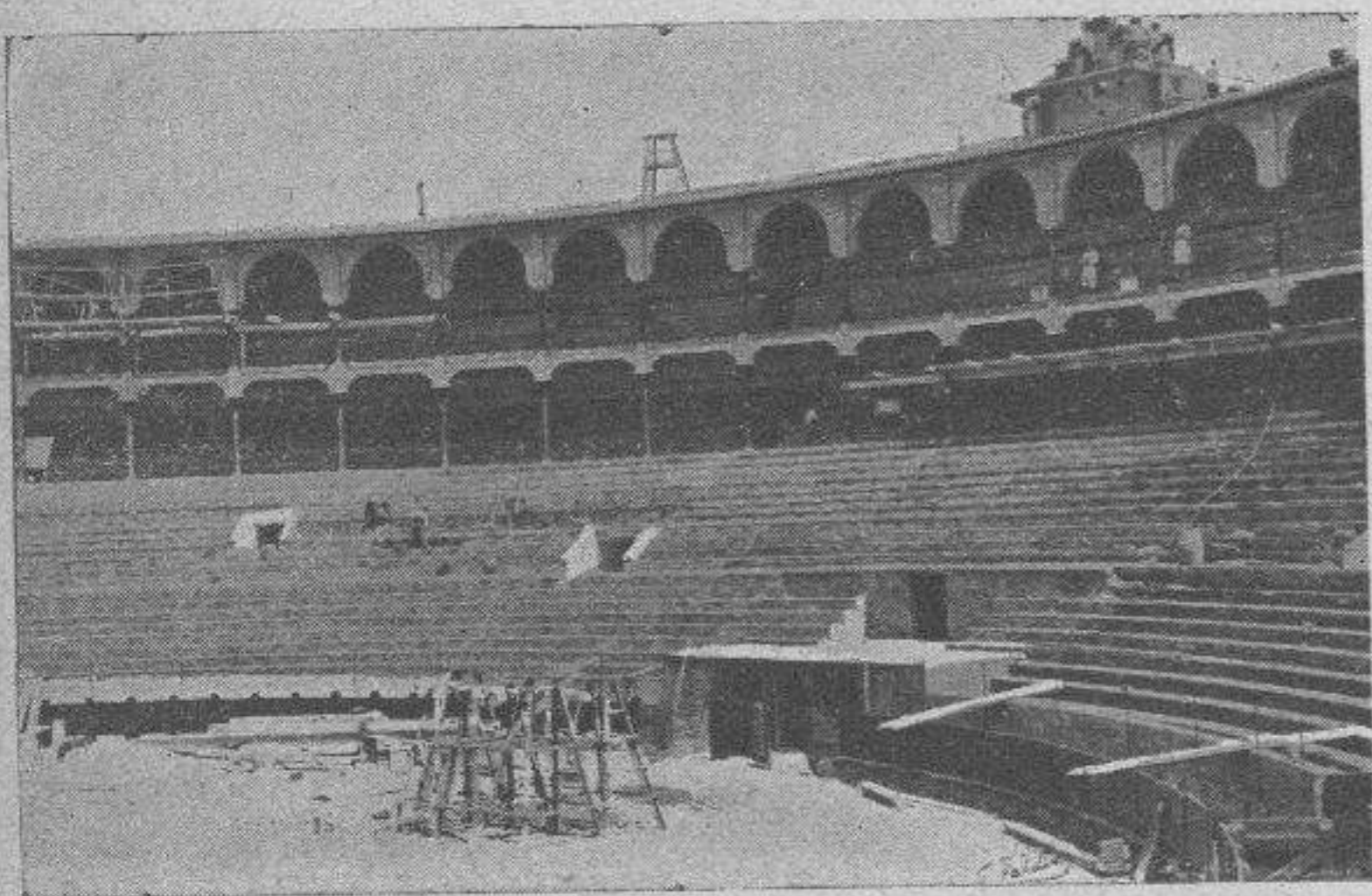
HISTORIA GRÁFICA DE SU CONSTRUCCIÓN



Mayo de 1900.—Interior del tendido de sombra y palco presidencial.



Mayo de 1900.—Vista interior de los cinco corrales de toros.



Mayo de 1900.—Interior del tendido de sol, reloj y chiqueros.



Mayo de 1900.—Vista general exterior de la plaza, poco antes de su terminación.

FOTS. DE F. VALDÉS

LA VERDADERA NOCHE DE BODAS

II

Luis Perontes y su esposa Dolores Ignait pasean por el jardín, huerta frondosa, extenso, con alameditas enarenadas y bosquecillos rústicos. La noche proyecta su sombra sobre los objetos. Es apacible el silencio y dulce la inquietud.

Ella.—¿Quieres que te diga? Otras veces hemos paseado así...

El (interrumpiendo).—Diciéndonos á voces nuestros secretos para que se enteraran los árboles y los pájaros.

Ella.—Los pájaros no saben hablar y los árboles son mudos.

El.—No lo creas: tienen su lenguaje, como lo tienen nuestros ojos cuando callan nuestras bocas. Apuesto á que ahora me oculto en cualquier parte, y preguntas tú á este almen-

dro y te repite lo que te decía yo hace tres meses, cuando él estaba en flor.

Ella.—Ya le oigo, es decir, ya le entiendo: «te amo.»

El.—Dios no ha escrito su ley hermosa del amor en la lengua, sino en el corazón de los seres.

Ella (sonriendo).—¿Y las plantas tienen corazón?

El (gravemente).—No te burles. La naturaleza es sensible... Hasta las rocas que te parecen á tí, pobre ignorante, duras...

Ella (interrumpiendo).—¿Burlarme de tí? Dios me libre. Pero no me des ahora un curso de ingeniería. Ya sé que eres un sabio.

El.—En este momento no quiero saber otra cosa sino que te adoro.

Ella (*coquetuamente*).—¿Como cuánto?

El.—¿Como cuánto? Ahí sí que no llega el torpe ingenio. Yo puedo medir la altura de los astros, sondar los abismos de los mares, y no puedo someter á cálculo ninguno la profundidad de este cariño que llena mi ser entero y que consume, sin agotarla, mi vida. ¿Cómo cuánto, dices? No lo sé: como mucho (*dándole un beso en los ojos*), como mucho.

Ella (*devolviéndole el beso, pero en la boca*).—Pues yo más: como remucho.

Pausa breve.—Se sientan en un banco de piedra. Dolores en las rodillas de Luis, los brazos muy ceñidos, rozando las caras.

El.—¡Qué noche! ¡Qué momento éste de inefable gozar! ¿Eres feliz?

Ella.—Pues eso te explicaba cuando me interrumpistes. Esta escena que hemos repetido tantas veces, no sé qué tiene ahora que no puede compararse con nada, que es nueva, nueva enteramente, aun siendo á todas las otras igual.

El.—¿Quieres que te lo explique?

Ella.—Quiero yo decirte lo que siento,

Antes, cuando estábamos solos en estas alamedas, tenía miedo, y ahora nó.

El.—¿Miedo de mí?

Ella.—¿De ti? ¡Qué disparate! Jamás he temido que me hicieras daño alguno. Lo he expresado mal. Lo que sentía era pavora. Poníame medrosa la obscuridad; el silencio y el misterio de la noche; la mancha de los arbustos en la penumbra; el rumor del viento jugueteando en el ramaje.

El.—¿Y ahora?

Ella.—Ahora, amigo mío, todo es en mi confianza, embriaguez, entusiasmo, alegría. ¿Ves que apagado está todo? Pues yo lo veo como á la luz; como si el fuego que ilumina en mi interior el ascua brillante, saltara afuera llenando de resplandor misterioso el ambiente.

El.—Todo eso es porque ya tienes la conciencia de que te pertenezco en cuerpo y alma, de que puedes entregarme, sin recelo de que yo las profane, las riquezas de tu espíritu. Sientes, sin poder explicártelo, que yo te puedo defender de todo peligro, porque tengo la obligación de amparar una existencia que es sagrada para mí.

Ella (*batiendo las palmas*).—Eso... Eso... ¡qué bien hablas! ¡Cuánto sabes! Mira, ahora

UNA SEÑORA RAZONABLE



—¡Y dirán del Gobierno!... Por ahora en casa aun todos llevamos camisa.



Música de verano.

encuentro la idea agazapadita en mi imaginación, y la cojo. Eres como mi padre, como mi hermano. Con mi hermano y con mi

padre también estaba confiada y tranquila. Sólo que, además, al lado tuyo...

El.—Sí, sí, soy tu padre y tu amigo; soy tu hermano y tu amante, soy tu dueño y tu esclavo.

Ella.—Lo eres todo, pero todo, pero todo... Te amo.

Pausa larga.—Se oyen los vagos ecos que despierta la brisa en la naturaleza adormilada, haciendo coro á una música deliciosísima de besos. Algún suspiro fugitivo se pierde como los perfumes, confundándose con ellos, en la atmósfera.

Ella.—¿Me amarás siempre así? ¿Serán todas las noches de nuestra vida tan gratas, tan hermosas?

El.—Tan hermosas y tan gratas sí, pero

iguales nó. Por nuestras noches pasarán las tres estaciones del año: tendremos noches ardoras como las del estío; melancólicas y suaves como las de otoño; tibias y perfumadas como las de primavera. El invierno con sus escarchas, con sus soplos fríos y sutiles, está condenado para ti y para mí: esto es, para nuestro amor. ¿Entiendes?

Ella.—Nó mucho... Es decir, sí, perdona: entiendo que no dejarás de amarme, porque cuando la continuidad del trato íntimo vaya adormeciendo la locura de la pasión, siempre quedará en tu alma un poco de ternura para esta pobre mujer que tanto te quiere.

El.—Aun en eso te equivocas. La pasión en dos seres equilibrados no se extingue nunca: tiene sus períodos de calma reparadora y sus períodos de tempestad; su flujo y reflujo... La naturaleza es sabia siempre.

Ella.—Pero mira, yo no sé decir tan lindas cosas como tú; por lo que he observado, por lo que he oído, algo se me alcanza. La mujer se gasta con los años, envejece, se vuelve fea; y si esto ocurre, el hombre, que no puede desprenderse de su natural avasallador y despótico, la trata como sierva, aunque disimule con mil subterfugios su indiferencia ó su desdén.

El.—Cuando se han unido dos seres á la ventura, cambiando afectos como los gitanos cambian sus rucios; cuando el contrato matrimonial se convierte en contrato de compra venta; cuando el deseo se cubre con la careta del amor, y la impudicia echa mano de las artes del engaño vil; pero nunca cuando la simpatía afectuosa ha atado fuertemente á dos almas. La belleza que roba los sentidos se eclipsa con los trabajos y sufrimientos de la maternidad. Luego vienen los hijos, si los da Dios, y entonces lo que pierde la mujer en lozanía lo gana en virtudes. Cada hijo es un nudo más que sujeta el lazo; y si la hembra no se ve fecundada, si no hay chiquitines que alboroten el nido misterioso, la naturaleza multiplica en vosotras sus encantos, renovando, al madurarla, vuestra juventud. No temas, ídolo mío, no temas: no he conseguido en ti á la mujer, he tomado esposa. ¿Ves cuán dulcemente te estrecho sobre mi corazón? ¿Qué piensas tú que eres para mí? No te convertiré en coima, porque eres criatura que he atraído á mi regazo amoroso para levantarla á la altura de mi corazón. Esta noche... pues esta noche, querida, que el mundo llama noche de bodas, ¿quién diría que la pasamos platicando en este jardín? Es noche

de iniciación, pero yo también te inicio á mi manera, sin sentir impacencias locas, sin violentar á la naturaleza ni tomar por asalto lo que de grado ha de concederme. ¿Por qué ha de ser la noche de bodas, noche en que todo fuero de honestidad queda roto, y fatalmente destruído todo respeto al rubor de la doncella? Yo te deseo recatada, digna, noble siempre, y empiezo por no volcar el vaso de perfumes para que la poesía de nuestra noche de bodas resuene como un canto sublime en los recuerdos de tus desposorios. ¿Me entiendes?

Ella (*estrechándole con vehemente impulso y dándole un beso dulcísimo*).—Sí, sí, sí. Te amo.

Pausa.—Dolores reclina la cabeza sobre el hombro de su amigo. Sigue él su cantinela, poco á poco más apasionada. Un resplandor tenue, mortecino, anuncia que se aproxima el alba. Nota Luis que ha quedado dormida su compañera, y cogiéndola en brazos la conduce con mucho mimo al interior de la casa, depositándola amorosamente sobre el lecho.

El (*poniéndose á desceñirle el talle y á aligerarla de vestidos*).—¿Por qué razón ha de comenzar la noche de bodas en el punto en que los novios dan con las puertas de su alcoba á los convidados, á los amigos, á los parientes, en las narices? ¿No es esto profanar á los ojos de todo el mundo cosa tan santa como el amor, Dios mío?

GUILLERMINA STOCK

MALAS INTENCIONES

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Versos.—P. Sañudo Autrán.—El distinguido periodista ha coleccionado en nueva edición sus versos, muchos de los cuales son algo más que recomendables. La prensa ha hablado de ellos con elogio, y yo siento no tener espacio para reproducir las observaciones que me sugiere su lectura. En alguna de las poesías de Sañudo repercute el acento dolorido de Becquer, lo cual no señalo como defecto sino como gracia.

Se declara en un discreto prólogo amante fervoroso de la Poesía en su más elevado concepto, libre de lirismos vanos. Merece elogio por este noble culto.

A continuación insertamos uno de los versos inéditos que ha tenido la bondad de ofrecernos el señor Autrán.

*
**

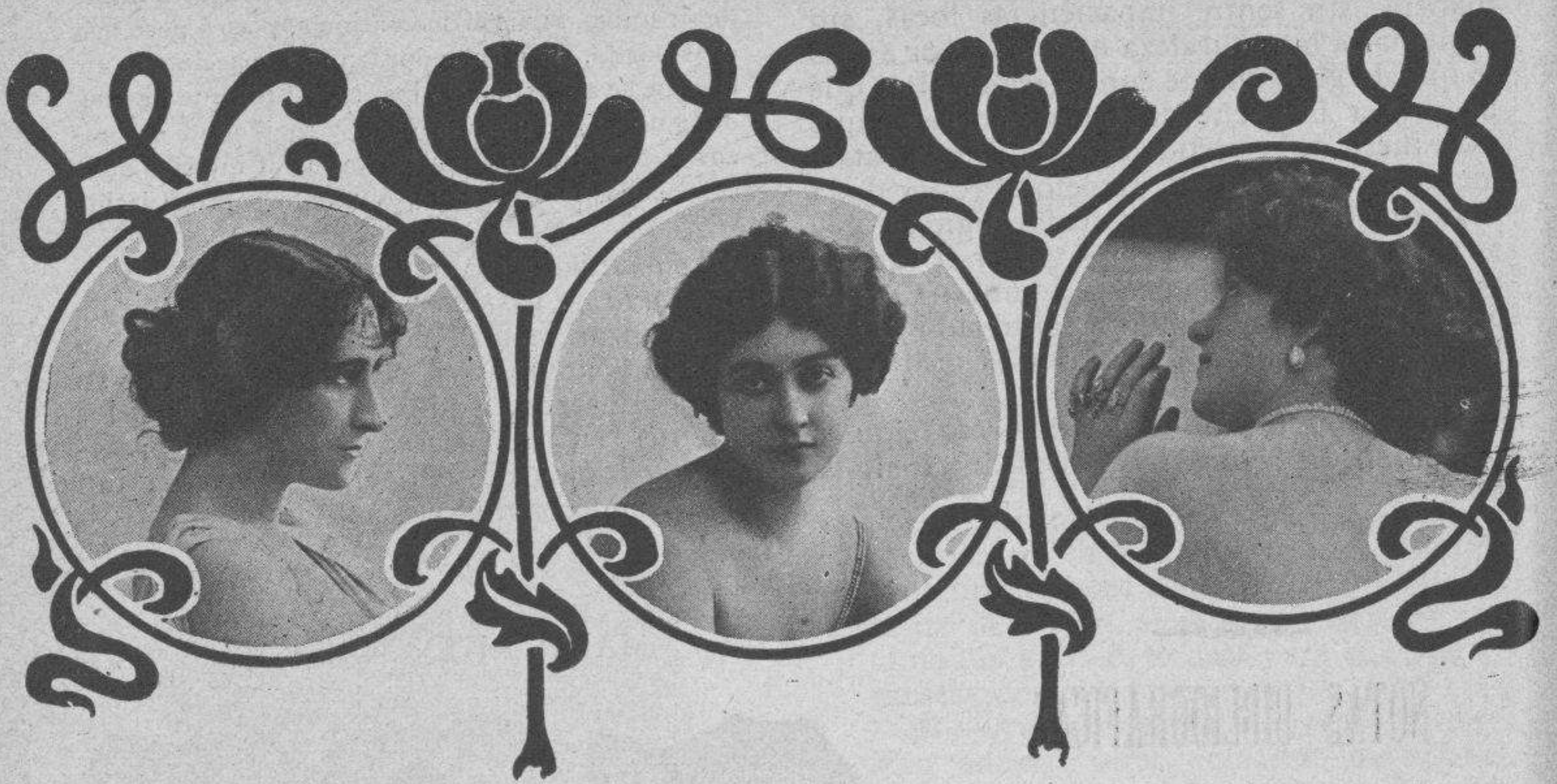
A MATILDE MORENO

De belleza el rostro lleno,
con más luz que la del día,
en verso ¿qué te diría
si eres, Matilde Moreno,
gloria, amor, arte y poesía?

P. SAÑUDO AUTRÁN



—Que no puede venir... que cene sola. ¿Sola? Ya lo veremos. «La venganza es muy sabrosa...»



Para obtener flores

del color que se quiera

SE acabó, según parece, el dominio de la Naturaleza sobre las plantas. El hombre se ha cansado de ver que eternamente las rosas crecían con su color propio, y se ha dicho:— Hay que cambiar todo eso. Las flores serán del color que yo quiera y no del que la planta les imponga.

¿Por qué nó? Si hemos dominado el rayo, y embotellado la electricidad, y convertido en fieles carteros á las ligeras palomas ¿por qué las rosas habrían de rebelarse contra nuestra voluntad soberana?

Querer es poder. El hombre ha querido, y el milagro se ha realizado.

Débese el descubrimiento á un jardinero bonaerense, llamado Luis Pagani.

No se alarme el lector creyendo ver en ese apellido el dejo de un simbolismo mercantil. El señor Pagani no es un explotador vulgar. Apasionado por las flores, ha realizado sus experimentos con paciencia de benedictino, y al ver sus esfuerzos coronados por el éxito más completo, lejos de reservarse para sí el secreto de su invención, se ha complacido en divulgarlo y ponerlo á la disposición de todo el mundo.

Como puede imaginarse, la victoria de Pagani no se ha obtenido sino después de largos meses de ímproba labor. ¡Ahí es nada violentar las leyes de la Naturaleza, torcer el *instinto* de las plantas y obligar á la savia á *enmudecer* ante la voluntad del altivo jardinero!

El procedimiento es curioso en sumo grado y admirable, además, por su prodigiosa sencillez. Hélo aquí, expuesto por el mismo inventor. Habla Pagani:

«Sería insigne torpeza tratar de convertir en amarilla una flor encarnada. El último de los tintoreros conoce las grandes dificultades con que se tropieza para teñir, por ejemplo, de verde una tela roja. En cambio si la tela es blanca, la tarea es fácil y el resultado seguro.

»Esta fué la principal base de mis experimentos. En vez de empeñarme en alcanzar imposibles, escogí sencillamente un rosal blanco y me propuse que sus flores fuesen azules; es decir, imitando al discreto tintorero, tomé la tela *in albis* para poder teñirla á mi sabor.

»Durante los meses de invierno, cuando la planta parece dormitar y en su savia se ela-

INGENUAS

Te quejas porque dices que soy frío
y poco cariñoso en tu presencia,
mas tú tienes la culpa, dueño mío:
no apagues y verás mi ardiente brío,
con la ducha glacial de tu inocencia.

Siempre atenta vigila
que no asome el deseo á tu pupila,
porque hay mucho ladrón
en espera tan sólo de ocasión.

¿Qué has de ganar la gloria? ¡Pues es llano!
Pero, hermosa, el deseo soberano
que en tu pupila fulgurante asoma,
me hace temer prefieras al cristiano
el enervante cielo de Mahoma.

¿Que no hay malicia en ti? Las inocentes
desconocen las ciencias infernales,
y aunque más que saberlos los presentes,
no ignoras tú que hay besos más ardientes
que los sagrados besos maternas.

Un mandamiento hay que nos ordena
no codiciar á la mujer ajena;
y que hoy se hacen algunos casamientos,
como el tuyo, María, me figuro,
para poner á un justo en el apuro
de quebrantar los santos mandamientos.

No ambiciono poseer
riquezas que atesorar,
por no llegar á dudar
que te pudieras vender,
si te pudiera comprar.

¡Feliz tú, que en tus noches candorosas
no has sentido abrasada tu alba frente,
por el rayo de sol que baja ardiente
á romper los botones de las rosas!

Si dudas serás menos engañada,
que en el amor la fe, es cosa sabida,
que de cada creyente convencida
suele hacer una amante desgraciada.

F. BLANCO VIALE



Como nada pasa en casa,
yendo del azar en pos,

vamos á ver lo que pasa,
por estos trigos de Dios.



Músicas griegas

Miscelánea

Vendía un lugareño unas cargas de leña, y como le ofreciese un procurador 20 reales por cada una, se cerró en que no se las daría si no le daban algo más.

—Vamos,—dijo el procurador;—te las pagaré á 20 reales y *etcétera*.

El lugareño, creyendo que el *etcétera* era alguna cosa que valía dinero, las descargó y subió á cobrar.

—Tome usted,—dijo el procurador;—seis cargas, 120 reales.

—Pero señor, y el *etcétera* que usted no me paga, ¿qué es entonces?

Un cazador á quien un médico salvó de una gran enfermedad, le regaló en agradecimiento, amén de la paga, una escopeta de valor. Excusábase el médico de admitirla, diciendo:

—Amigo mío, yo agradezco la atención, pero es una alhaja que de nada me sirve.

—No diga usted eso,—dijo el cazador;—tómela usted, que con ella y su habilidad no dejará cosa á vida; yo se lo aseguro.

Un andaluz de estatura gigantesca y de una fuerza atlética, se halló en un corrillo de amigos al lado de un pisaverde muy pequeño y muy fino que buscaba á cada momento disputas con él, hasta que, cansado de sufrirle, le dijo:

—Os aconsejo que calléis, porque sino... os ponga entre dos rebanadas de pan y os trago como una anchoa.

Fuese un pobre á confesar y le preguntó su juez:

—Manda el quinto no matar; ¿has matado alguna vez?

Y el penitente pelambre contestó firme y seguro:

—Padre, en eso estoy tan puro que no he matado ni el hambre.

Un caballero portugués entró en Castilla con mucho séquito. Preguntaron á uno de sus criados:

—¿Quién es este caballero?

—Naon é cabaleiro,—respondió.

—¿Quién es este hidalgo?

—Naon é fidalgo.

—¿Quién es este hombre?

—Naon é home, senaon parente de ó rey de Portugal.

Charada

Tiene una *prima tercia*
la simpática María
en el labio, que á su novio

prima prima, le fascina.
Ella le entregó una *todo*
con una belleza artística,
y él, por si *tercia segunda*
la *prima tres* de la niña,
le ha regalado... ¡caramba!
que no quiere que lo diga.

MORENO

Tarjeta

Eusebio de la N.
LOSILLA

Combinar las anteriores letras, para que resulte el título de una zarzuela.

JESÚS Y JOAQUÍN

Jeroglífico comprimido

A—E—I—U

IGNACIO CANAS

Salto de Caballo

| | | | | | | | |
|-----|-------|------|-------|-------|-------|------|-----|
| | | | | (1) | | | |
| | | -do | a- | -to | Co- | | |
| | -nas, | sus | pri- | quie- | pa- | can- | |
| ca- | el | -ro | cuan- | si | -sio- | -mo | -ra |
| | -dar | -de- | -ta | dar | ol- | -ro | |
| | | le- | -vi- | -ne- | can- | | |
| | | | -ce | -ni- | | | |
| | | á | -nas. | (42) | -rez. | y | |
| | Ar- | M. | mis | -ti- | | | |
| | pe- | -vo | V. | Pé- | | | |

Empieza en la casilla (1) y termina en la (42).

V. ARCE Y M. PÉREZ

Soluciones á lo insertado en el número 500:
CHARADA.—Maroma.
TARJETA.—Felisa Lázaro.

ROMBO LOGOGRÁFICO.— C
C L O
C L A R O
O R A
O

LOGOGRIFO NUMÉRICO.—Sebastián.

Correspondencia

por **CLAK**

P. X.—«Publique usted eso, si le parece bien...» pero es el caso que me parece todo lo contrario, es decir, mal.

G. F. R.—¿Usted cómo escribe, en calzoncillos, en ropas menores? Porque es mucha frescura la de usted.

Manirroto.—

«Pasó el Corpus sagrado
todo pasa en este mundo,
pasa el sol, pasa el nublado,
pasa el bueno y el malvado
pasa el placer y el dolor profundo,
lo que no pasa por ¡mi abuela!
es un dolor de muelas
que tengo yo...»

¡Por mi abuela, amigo! ¡Que me aspen si lo entiendo! ¿Todo pasa, pasa el dolor profundo, y no pasa el dolor de muelas? Será un dolor no profundo, superficial, de mentirijillas.

S. L.—¿De modo que usted cree todavía en los arpegios del poeta? Admiro su candidez. Andará usted con chichonera y se chupará el dedo.

P. P.—Está bien corregido, pero en cambio ha echado usted á perder la idea. ¡Lástima! Lo otro sí me gusta.

Frigido.—¡Sí que es usted frigido!

Nara-Moderano.—Usted no molesta, ni tiene por qué pedirme excusas; siempre quedo yo agrado á la bondad de todos los que me honran con su confianza, aunque á veces tenga que recurrir á ciertas bromas para que no resulte árida mi tarea ni enojosa esta sección. Los cantares no recuerdo haberlos recibido. Lo de hoy tampoco sale á flote, y crea que lo siento. Pero fíjese: entre otras muchas faltas, le citaré éstas que son más bien descuidos. Mezcla usted los consonantes con los asonantes en las cuartetas, cosa que destruye la entonación, sobre todo tratándose de un romance. Además pone usted versos asonantados seguidos, por ejemplo:

«¿Que nos ha visto tu madre
y después va á jalearte?
.....
y debes de acostubrarte.
Además tu madre sabe»

Las ideas no están expresadas con la natural soltura que tanto se recomienda en trabajos de esta

índole, ni es el lenguaje escogido. Diluye usted demasiado el asunto. ¿De la prosa qué he de decirle sin verla? Veamos, pruebe usted. Quizás esté usted en terreno más firme.

Monolo.—

Dispensa Manolo
pues yo no sabía,
que fueras maestro
en majadería.

Tito.—No puedo comprometerme por ahora á nada. Ni para el presente ni para el porvenir, porque no sé si variarán las condiciones establecidas en este punto, que son muy restringidas ó casi nulas. El artículo no es muy cristiano, pero aún así, salvando algunas escabrosidades, quizás me atreva con él. Fíjese en que no traspasamos los límites de lo picaresco. Caso de mandarme otra cosa, dígame si se conforma con lo expuesto, es decir, con que *no sentamos precedente.*

R. Q. de P.—Allá va eso... ¡ojo!

«CANTAR

¿Quién te habrá dicho,
morena mía,
que yo estoy muerto
por tus pedazos?»

Algún follón malandrín habrá sido. ¡Dios le confunda! Porque si no le va á la morena esa con el soplo ¿cómo es posible que á usted se le hubiera ocurrido meterse á vate?

Y. B. T.—Efectivamente, los defectos que usted señala y otros son razonables, pero, con todo, quiero complacerle. Procure usted corregirse y tocar otra cuerda.

Y. B.: Sus versos «Á C...» son muy deficientes.—R. B.: Los de usted algo más que eso.—*Preitz*: Los de usted, peores.—T. T. T.: ¡Y tal!—A. G. Z.: Á otra puerta, hermano.

Prohibida la reproducción de los originales de este número.

• LA SAETA •

Semanario ilustrado

FUNDADOR D. PEDRO MOTILBA

— TODA LA CORRESPONDENCIA Á HEREDERA DE PEDRO MOTILBA Y C.^a —

Rambla del Centro, kiosco número 3

—♦ PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN ♦—

España y Portugal, semestre. 6 pesetas.
Año. 11 »
Extranjero y Ultramar, un año. 17 »
Número corriente, 20 céntimos.
Número atrasado, 30 céntimos.

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes.—Pago adelantado.





20 cents

Num. 502

